

Quidquid pœnarum furentis ira excogitabat, insuperabilis martyr fortiter patiendo vincebat. (*Id. serm. I de S. Vinc.*).

Fovebat laceros artus medica Dei manus. (*Id. serm. II de eod.*).

Tremor judicem occupat, dolor lacerat, furor inflammat. (*Id. ibid.*).

Duplicem aciem producit mundus contra milites Christi: terret, ut frangat; blanditur, ut decipiat. (*Id. serm. V de eod.*).

Numerent martyria, qui possunt numerare supplicia. (*S. Zeno Veron.*).

Ut in uno corpore tot martyria videantur esse, quot membra. (*Id.*).

Lassabantur tortores, sed non lassabatur fides. (*Id.*).

ESQUELETO DEL SERMON

DE

SAN SEBASTIAN, MÁRTIR.

Credimus, propter quod et loquimur: scientes quoniam qui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitabit. (II Cor. iv. 13, 14).

Nosotros tambien creemos, y por eso hablamos: estando ciertos que el que resucitó á Jesús, nos resucitará tambien á nosotros con Jesús.

1. Definicion errónea del valor... Sé muy bien que para el vulgo... Ciro, Alejandro, Escipion... Sin embargo la virtud combatida y triunfante nos interesa mucho mas que las proezas militares... Aristides, Focion, Epicteto, etc. Yo vengo á hablaros de un heroismo que participa de esos dos extremos; del heroismo de un soldado que...; del heroismo de un filósofo...; del heroismo de Sebastian... Al eco de este nombre ya diríais conmigo á aquel guerrero que... Ya le veis ser... ¡Ah! deteneos un momento... Recorramos su carrera... Proposicion...

Reflexion única: La fe y palabras de Sebastian hicieron de él un mártir de Jesucristo.

2. La fe tan poco conocida hoy y tan mal practicada..., fue austera en Pedro, ardiente en Pablo, suave en Juan... Venció la fuerza de las sociedades mas famosas, y...

3. La fe tomó en Sebastian un aspecto característico... y guerrero. Desde que el inspirado Bautista no juzgó á la milicia en contradiccion con...

4. Todas las penas le parecian á Sebastian despreciables si el soldado de César no se convertia en soldado de Jesucristo... Renuncia el honor de la órden senatorial, abandona Milan, su patria, para pasar á Roma donde espera tener mas ocasiones de...

5. Llega á Roma..., censura valerosamente la bárbara conducta del emperador... Pero ¡qué cambio es este! El César le da el mando de la mas escogida cohorte... ¡Ah! Sebastian se ha perdido...

6. ¡Vanas razones! Predicad esta máxima á... Si Sebastian res-

pira un aire emponzoñado, le salvarán los poderosos antídotos que... No solo no sufre detrimento..., sino que transforma la corte de César en academia y liceo del Cristianismo.

7. Veo que extrañais que un soldado hable en materias de dogma...; pero yo me asombro de que nosotros...

8. Del estudio que se hace hoy día del Evangelio resulta que tal vez seamos mas doctos, pero menos religiosos que los primitivos fieles...; ellos creían, nosotros discutimos...; nuestros discursos son admirados pero no edifican, mientras que las palabras de aquellos...

9. Ningun orador se penetró jamás de su argumento tanto como Sebastian lo estaba de su fe... Anima á Marco y á Marceliano á sufrir el martirio cuando yendo á sufrirlo estaban á punto de ceder á las tiernas instancias de sus padres, esposas é hijos...

10. No solo logra Sebastian reanimar con sus palabras á aquellos Mártires, sino que convierte á toda la multitud reunida para seducirlos... Los reúne en el mismo palacio imperial...

11. Trata de convertir al soberbio Cromacio, pero... Habla, sin embargo, Sebastian, y la terrible fortaleza queda expugnada... Aquel hombre revestido de púrpura se echa á los piés de su vencedor... Sebastian merece ser llamado *defensor de la Iglesia*.

12. En su cruel alternativa de ó ser vencida ó morir necesitaba la Iglesia ser defendida... Todas las calamidades se atribuían supersticiosamente al Cristianismo... Tertuliano, Agustin y Orosio apenas bastaron á desvanecer estas preocupaciones. En fuerza de ellas se decretó que con la sangre de los cristianos...

13. Sebastian cayó en los lazos urdidós por el furibundo Diocleciano... Palabras que le dirige Sebastian yendo al suplicio... Sebastian recibe sereno é impávido un diluvio de saetas... Hé aquí derramada aquella sangre... Hé aquí cadáver...

14. ¿Muerto? No; una mano invisible... Los cristianos le exhortan á que huya... Él espera impaciente al emperador... Palabras que le dirige...

15. Sebastian muere..., es enterrado en las catacumbas..., su alma sube al cielo... Esperad vosotros tambien, incansables cooperadores... Sebastian os mira con predileccion desde el cielo... No perdais jamás de vista... Dichosos si trabajando... Dichosos si perseverantes..., pues de este modo...

SERMON

DE

SAN SEBASTIAN, MÁRTIR.

Credimus, propter quod et loquimur: scientes quoniam qui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitabit. (II Cor. iv, 13, 14).

Nosotros tambien creemos, y por eso hablamos: estando ciertos que el que resucitó á Jesús, nos resucitará tambien á nosotros con Jesús.

1. Definir el valor un sentimiento mecánico de robustez y hacerlo consistir ó en el tejido atlético de los músculos y de los nervios, ó en la superabundancia de los jugos y espíritus vitales, es querer cambiar el efecto en causa, es confundir al alma que manda con el cuerpo que obedece, es, en fin, despojar al filósofo de la virtud para hacerla tributaria del gladiador. Sé muy bien que la fuerza audaz y el incansable valor de un guerrero nos llenan de admiracion: sé que Ciro, Alejandro y Escipion fueron por esta razon ídolos de la historia, porque ninguna historia se acoge tan bien ni brilla tanto á los ojos del atónito vulgo, como aquella que se distingue por sus grandes y estrepitosas aventuras, y que al valor material acompaña el buen éxito en las empresas; pero, hagámonos justicia, no es sin embargo tan poderoso el dominio de la materia sobre la inteligencia de nuestro espíritu, que las guerras de una virtud combatida no nos interesen mucho mas que las proezas militares; y cada dia sentimos mas que el justo Aristides, el invicto Focion, el imperturbable Epicteto y el alma vigorosa casi feroz de los Estóicos, agitan el corazón con una vivacidad sin igual, dejándonos profundamente impresionados de estupor, odio, esperanza ó ternura. Ahora bien, si el fragor de las armas, si el confuso horror de una refriega bastan por sí solos para sorprender y agitar la mente, si las ideas, ya alegres, ya lúgubres, de un sábio la impresionan apasionándola, ¿quién mas feliz que yo, amados oyentes, puesto que el sagrado heroismo de que debo hablaros proviene precisamente del variado tejido de estas dos tan conmovedoras como agradables situaciones?

Sí, es el heroísmo de un soldado que jamás esperó nada de su brazo, y que todo lo obtuvo de su fe; es el heroísmo de un filósofo que contra el voto de la débil naturaleza defendió la causa de los tormentos y de la muerte, y que con los tormentos y la muerte atestiguó la justicia y la bondad de su causa; es aquel heroísmo que el *Dios Sabaoth*, el gran Dios de los ejércitos empleaba algunas veces para romper las carrozas y desordenar los caballos, aniquilando todo el marcial aparato de sus enemigos; aquel heroísmo que obedeciendo á la terrible voz del espíritu abate los seculares cedros, conmueve los mares, detiene el curso de los rios, reduce á cenizas las selvas... ¿no lo adivináis todavía? ¿no le reconocéis, oyentes míos?... es el heroísmo de Sebastian. Al oír este nombre, al precioso sonido de este nombre, ya veo se me adelantan vuestros inflamados pensamientos, y divisáis conmigo á aquel guerrero que sin descender al campamento, despreciando la gloria de las coronas ó el esplendor de los triunfos, perseveró constantemente en su virtuoso propósito, holló la lisonja, despreció las amenazas, y fijó intrépido la vista en la faz de sus furibundos tiranos. Ya le veis ser el blanco de mil dardos, y salir vencedor de aquella terrible lucha á que le expusieron las perversas leyes de los hombres, no menos que los inescrutables arcanos del cielo... ya le veis... ¡Ah!... deteneos un momento, no os apresureis, escuchadme, que son aun mas vastas las empresas de Sebastian. Vosotros corrísteis presurosos á contemplar los últimos destellos de luz que arrojó una estrella al ocultarse, y olvidábais la mayor parte de su luminosa carrera. Yo la recuerdo con alegría, y tomo de ella el noble tema de mi discurso. Sebastian creyó, Sebastian habló, y su fe y sus palabras hicieron de Sebastian un mártir de Jesucristo. En él teneis la egregia copia de aquel fervoroso apóstol, que en la fuerza de su fe encontró la eficacia de su elocuencia y la beatitud de su premio: *Credimus, propter quod et loquimur: scientes quoniam qui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitabit.* ¿Cuántos tropiezos no encontró la fe de Sebastian? Sin embargo, todos los superó: *Credimus.* ¿De cuántos peligros no se vió amenazado por sus palabras? Ninguno le intimidó: *Propter quod et loquimur.* ¿A qué crueles agonías no le redujo su martirio? Ó no las sintió, ó las despreció: *Scientes quoniam qui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitabit: Ave María.*

Reflexion única: La fe y palabras de Sebastian hicieron de él un mártir de Jesucristo.

2. La fe, esta virtud augusta de que tanto se habla en la cristiandad, y que á pesar del incesante clamoreo de diez y ocho siglos se conoce tan poco y se profesa tan mal; no fue como sucede hoy dia de una sola forma y de un solo é insignificante color en la afortunada juventud de la Iglesia. Parecida en cierto modo á la cara de los hombres y á la diferencia de índoles que los distingue, tuvo tambien aquella una infinita variedad de fisonomías, por lo que secundando casi la estructura de los cuerpos y el carácter de los genios, introdujo hábitos, formó costumbres, influyendo extraordinariamente en las empresas, en los afectos, y en el mismo lenguaje de sus secuaces. Austera en Pedro, ardiente en Pablo, suave en Juan; aquí tímida, allá circunspecta, pero jamás superficial ó precaria. Ella venció el genio, la fuerza de las sociedades mas famosas, y en el inexhausto fondo de tantas inteligencias guiadas por ella, de tantos corazones dichosos por ella, encontró con su glorificación aquella fineza de actividad, aquellos enérgicos rasgos de prudencia, y aquellos solemnes milagros de valor que á nuestra degenerada inteligencia é ignorancia parecen increíbles, y hasta muchas veces se atreve á desdeñarlos como absurdos.

3. Ella tomó en Sebastian un aspecto determinado, característico, y ¿cuál fue este, amados oyentes? un continente y un aspecto guerreros. Desde que el inspirado Bautista no juzgó á la milicia en contradicción con las virtudes, tambien la purísima fe se complacía á menudo en confundirse ó mezclarse en las filas de los combatientes, y en manejar la lanza y la rodela. Contenta sin embargo con su paga, y enemiga de sostener con las armas ningun caprichoso derecho, antes bien dispuesta á refrenar la licencia y los desórdenes del soldado, enseñó solamente que la guerra debia servirles de aprendizaje para la penitencia y los sufrimientos del martirio.

4. En esta escuela fue iniciado Sebastian, y en estas prácticas, en estas lecciones sublimes sintió su grande alma los estímulos de una celestial ambición; y el hambre, la sed, el frio, las heridas, los dolores y los padecimientos le parecian demasiado despreciables si el soldado de César no se convertia en soldado de Jesucristo. Bien sabrá Sebastian abrirse paso para llegar al nuevo honor que pretende. Ni el orden senatorial, del que rara vez salian mártires del

Evangelio, ni la ínclita patria donde en tiempos tan azarosos reina la calma, defraudarán sus esperanzas ni sus votos. Y ¿qué vínculo puede ligarme á la patria, ó qué razon puede detenerme en el senado? Despojémonos de los títulos vanos, abandonemos las fugaces amistades, y lo que se me niega en Milan, búsquese y solicítese en Roma, en la que cada dia es mas dura y encarnizada la persecucion de mi fe; allí mil furias impelen al inexorable Diocleciano, y son ya estrechas las cárceles para contener los prisioneros, y faltan verdugos para tanto condenado á muerte, y las casas y las calles están inundadas de sangre... corramos, volem, pues no es posible que no quede para mí alguna hoguera, un patíbulo, una segur...

5. En medio de estas imágenes de destrozos y de muerte entra el Héroe en Roma. Todas las funestas ilusiones, todas las especies de delirio se han apoderado de aquella desventurada metrópoli, y mientras los alligidos cristianos huyen ó buscan un asilo en los horrosos subterráneos, la fanática idolatría con el incensario en una mano y la desnuda espada en la otra los persigue, y si no puede arrancarles la desnuda adoracion, los desgarrá con mil horrosos tormentos despedazándolos. No se atemoriza Sebastian ante tan terrible espectáculo, ruge airado; que solo una fe menos guerrera, una fe menos impertérrita que la de Sebastian podia detenerse un instante de censurar franca y libremente la sanguinaria ley del desapiadado Emperador, y no correr presuroso á la caverna de este tigre para exhalar en reproches... Ó amados oyentes, ¿qué cambio tan repentino es este! ¿Sebastian en brazos de César!... ¿promovido por César al mando de la mas escogida cohorte!... ¿tan querido de César, que no sabe apartarse de su lado!... ¡Ah! Sebastian se ha perdido; el sábio jamás desprecia á los monarcas; al contrario, los estima algunas veces, pero huye siempre sus confianzas, y si no faltan excepciones á esta saludable regla, demasiado debia guardarse esta con tan feroz tirano, con aquel bárbaro perseguidor del Cristianismo, cuyas manos estaban empapadas en sangre, mientras que sus ojos miraban hoy las víctimas de mañana con un aliento que aspiraba sacrilegios y blasfemias.

6. ¡Vanaz razones! Predicad esta máxima á jóvenes inexpertos que comienzan su carrera, á los filósofos empíricos que con la cabeza de oro tienen los piés de fango, á frágiles cañas que una ligera brisa de favor agita y mece plegándolas á su albedrío; pero no hacer á Sebastian el indigno ultraje de creerlo cerca del trono para incensar los vicios del infame ídolo que en él se sienta, pues si el

aire que respira está emponzoñado, lo salvarán los poderosos antidotos que lleva consigo. Si el candor, la equidad y la firmeza no existen allí, esperad, que estas dotes tienen un seguro asilo en el corazon de Sebastian, y para aclararos aun mejor estas expresiones demasiado genéricas, sabed que entonces por vez primera introdujo en la corte la fidelidad sin interés, los consejos sin adulacion, y el triunfo de la virtud sin máscara. Sabed que la espada que el Héroe ceñia refrenó por la primera vez á los crueles lictores, y la túnica que vestia dió vigor á la Iglesia de Dios que hasta entonces habia aterrado; sabed, por último, ¡ah! quién podria imaginárselo (si la verídica historia no lo atestiguase), sabed que la fe triunfadora de Sebastian no solo no sufrió detrimento cerca de su mas implacable enemigo, sino que delante de la vista de este tomó proporciones gigantescas, exaltó su carácter audaz y guerrero, é incapaz de estar comprimida en la estrechez de un solo pecho, la vertió á torrentes, inundó la corte de César, y la hizo academia y liceo del Cristianismo.

7. Veo que os asombráis, hermanos míos, y os parece extraño que un hombre de mundo, un soldado, se arrogue la autoridad de hablar en materias delicadas de dogma y de moral, y que toque, casi diria, con mano profana el tabernáculo del Señor; pero yo tambien me asombro de que nosotros con la misma religion de nuestros padres pensemos diversamente que ellos.

8. El Evangelio en nuestros dias lo estudian pocos, y estos lo hacen con todas las reglas y detalles de la doctrina; se le aplica la segur de una escrupulosa y minuciosísima crítica, y se confrontan los hechos y épocas de la historia profana; hagamos entrar, añadamos un acontecimiento vastísimo de idiomas, y sepamos combinar todo junto con rasgos ingeniosos de imaginacion, con subsidios de conjeturas y esfuerzos de la mas sutil metafísica; dos cosas le faltarán: la sencillez del corazon y la aquiescencia de la inteligencia. ¡Ah! de este vacío nace precisamente el que nosotros seamos acaso mas doctos, pero mucho menos religiosos que los primitivos fieles. Entonces todos se entregaban al profundo estudio de la ley de Jesucristo, y la estudiaban con el fin de practicarla, mientras que nosotros nos cansamos en comentarla; ellos creian, nosotros discutimos; ellos por esta razon hacian cada dia prosélitos, no quiera Dios que nosotros hagamos incrédulos, pues es cierto á lo menos que nuestros discursos son admirados, pero no edifican; mientras que las palabras de aquellos, desnudas de toda pompa y artificio, herian di-

rectamente al corazón, penetrando hasta en sus más recónditos pliegues.

9. Después de esto, yo no quiero pintaros la elocuencia de Sebastian, ni haceros un detenido análisis de los artificiosos giros con que él convencía y persuadía; basta con deciros que ningún orador se penetró jamás de su argumento tanto como él lo estaba de su fe, de lo cual deberéis deducir que ninguna estudiada fecundidad oratoria podría compararse con la suya. ¡Oh vacilante constancia de los confesores de Cristo! ¡Oh Marco, oh Marceliano, á qué terrible peligro os ha conducido finalmente la tiranía por un lado y la ternura por otro! Gozaban bajo el peso de férreas cadenas aquellos dos generosos hermanos, y con las almas en el cielo no se ocupaban del cuerpo, destinado ya al verdugo; hé aquí llegado el deseado momento, se abre la oscura cárcel, y fijan la vista en el débil rayo de luz que penetra... ¡Oh Dios!... miran á su triste madre, que con el cabello suelto, desgarrados los vestidos, y bañado su rostro de amarguísimas lágrimas, les ruega, les conjura á seguir más sano consejo, y no abandonarla á su desesperación: miran al anciano padre, cuyo acerbo dolor le corta la palabra y extingue el aliento, pero que por él hablan bastante aquellas canas cubiertas de ceniza, aquellos ojos entumecidos por el llanto, aquel rostro en el cual se ven pintados el amor y la desolación: las esposas que llegan conduciendo de la mano á los inocentes hijos, la cárcel retumba de confusos gritos de dolor, una de aquellas se arroja á los pies de Marco, la otra se abraza á las rodillas de Marceliano, los niños siguen el ejemplo de sus afligidas madres, levantan las manos al cielo, envueltos en las cadenas; á los caros nombres de esposo y de padre, á la terrible idea de viuda y de huérfano, se mezclan los sollozos y el débil murmullo de los espectadores y de los amigos. ¡Ah! ni un corazón de bronce podría resistir el espectáculo de tan desgarradora escena! ¿Qué firmeza no caería destruida al choque de tan rudo asalto? Suspiran los dos campeones, y el ilustre designio de dar la vida por Jesucristo se les representa al agitado pensamiento como una sacrilega crueldad. ¡Sostenedlos, Dios mío! van á rendirse! Ábrese entonces paso Sebastian por entre la multitud, y descubriendo á aquellos paganos estupefactos su hasta entonces oculta fe: ¿os rendís? grita con elevada entereza á los prisioneros. Vosotros que ya poseéis la palma, vosotros que os hallais cerca del triunfo, ¿abandonaréis acaso por miserables lisonjas la insignia, y renunciaréis á la victoria? ¡Oh! vosotros ya felices

porque habeis comprendido una vez que los afectos de la carne y de la sangre eran un impedimento para la conquista del cielo, ¿por qué volveis ahora la espalda? ¿por qué os asusta y os aterra un enemigo ya vencido?... Tribunos del ejército de Dios, cónsules de la régia Jerusalem, reanimad el abatido valor, reempuñad vuestras armas, combatid como valientes, y con los nuevos despojos de un terrenal afecto embelleced el trofeo que la mano de los Angeles os levanta para vuestra gloria.

10. Con este guerrero lenguaje, con estas palabras llenas de fuego restablece Sebastian la vacilante corona sobre las sienes de los Mártires; pero ¿quién le librará de la venganza del iracundo Diocleciano? Los oídos de los tiranos son agudos, y no ignoran tampoco el execrable arte de reproducirse en todas partes: ¿no habrá entre tantos oyentes ni uno solo que propague la noticia? no, no lo habrá. Sebastian levanta ahora su voz con libertad, y dirigiéndose á la afligida reunión, deplora el ciego error que los domina, expone el inapreciable precio del cristiano martirio, y es tan viva la luz celestial que brilla en su peroración, es tal la prodigiosa fuerza de sus palabras, que habiéndose reunido allí toda aquella multitud para seducir á los cristianos, ni uno solo de ellos vuelve idólatra; ni los esclavos, ni los soldados, ni el mismo bárbaro carcelero, sino que todos quieren llevar marcada en su frente la indeleble cifra de la vida eterna, entregándose completamente al arbitrio y á las órdenes de Sebastian; y ¿sabeis á dónde fué á guarecer estas inocentes palomas? en el mismo nido del milano; en el palacio imperial. En este sitio se elevan cánticos al Señor, se catequiza, y se escogen los intrépidos compañeros que Sebastian asocia á su fe, á su gloria y á sus triunfos, pues sabido es que el conquistador no se satisface con estrechos dominios, sino que aspira siempre á dilatar sus confines.

11. Acaso previó Sebastian en su mente los tiempos no lejanos de Constantino; acaso se lisonjeó de poder llevar un día la luz hasta el alma del ciego Diocleciano, y mientras tanto dirigió sus palabras al prefecto romano, al soberbio Cromazio, al fiel intérprete de los crueles edictos del sanguinario César. Dificilísima empresa que la vulgar inteligencia del entendimiento humano declaraba peligrosa en sus principios y absolutamente incierta en el fin. ¡Ah! son los poderosos una roca de difícil acceso! Situados sobre una escarpada eminencia, ceñidos por un impenetrable bastión de brillante metal, defendidos por un ejército de intereses y placeres, prontos á lanzar desde la cúspide un diluvio de rayos sobre las cabezas de los

que se atrevan á acercarse, se hacen inaccesibles á la inerme verdad, y hacen nulas y de ningun efecto las estratagemas y los esfuerzos que ella emplea para subyugarlos. Pero mientras nosotros discutimos, amados oyentes, se ha establecido el sitio, Sebastian habló, y la terrible fortaleza fue expugnada. Mirad aquellos ídolos abatidos y destrozados, mirad aquel vasto edificio, infame albergue de astrológicas supersticiones, destruido desde sus cimientos; mirad aquel hombre revestido de púrpura de rodillas á los piés de su vencedor confesar por solo Dios al gran Dios de Sebastian, y decidme vosotros si jamás existieron conquistas tan felizmente ejecutadas, si existió nunca un soldado que alcanzase tan rico botin, y si el jefe de la afligida cristiandad no tuvo razon de inventar para Sebastian un título glorioso, y declararlo el defensor de la Iglesia.

12. Era este un feliz augurio para él. La Iglesia tenia á la sazón la necesidad de defenderse del mismo modo que un ejército estrechado ya por todas partes y rodeado de enemigos. Era necesario ó entregarse vencido, ó morir. Contra tan cruel alternativa clamaban inútilmente el cielo, la tierra, la humanidad y la razon. ¿Faltaban acaso pretextos al violento despotismo y á la furibunda intolerancia pagana? Con un sofisma que degrada al buen sentido, todas las calamidades que padecian los romanos se atribuian al Cristianismo. Este suscitaba las rebeliones en lejanas provincias, y causaba las desgracias de la guerra; por su maléfica influencia descendian del Septentrion las hordas bárbaras de hunos y godos. El Cristianismo atraia tambien, segun la intolerancia pagana, la carestía, la peste, los cometas, los terremotos, las inundaciones y los incendios. Preocupaciones todas tan fuertemente arraigadas en la ruda inteligencia del vulgo, que dos siglos enteros y las triunfantes demostraciones de Tertuliano, de Agustin y de Orosio apenas bastaron á extirpar. ¿Eran necesarios mayores estímulos para que los gentiles se armasen arrojándose sin piedad contra los cristianos? El honor de los dioses ultrajado y la visible decadencia del imperio reunieron la religion y la política, por lo general rivales entre sí, y en la terrible conjuracion que presidia el ángel de la impostura se decretó que con la sangre de los cristianos se aplacase la ira de los dioses, y con el aniquilamiento del Cristianismo se salvase á Roma de su inminente ruina.

13. Los delatores fueron considerados como celosos sostenedores de la patria; y de tal modo se tendia á los cristianos insidiosas redes, que al fin Sebastian cayó en los lazos urdidos por el furibundo Em-

perador. No puede haber ni excusa ni perdon para su delito: ¡ostentar un alma cristiana al lado de Diocleciano! ¡fingirse su igual, y en perjuicio del imperio y del monarca ultrajar á los dioses! Armaos, aguzad vuestras flechas, y sufra el impío el castigo de los traidores. ¡Qué noble cuanto lacónica apología supo hacer de sí mismo aquel héroe, cuya lengua vírgen todavía de humillantes frases, desconocia la inmundada jerga de las cortesanas adulaciones! Tú me condenas, exclama Sebastian dirigiéndose al tirano, pero ¿existe acaso un hombre suficientemente grande, un monarca bastante poderoso que merezca que yo crea á su antojo ó capricho? El Dios que así levanta como destruye un imperio, fue siempre el Dios de mis oraciones: yo abandono á los insensatos la adoracion de los metales y de los mármoles. Diciendo estas palabras se encaminaba al suplicio... contempladle un instante, y retirad luego la vista de ese inhumano espectáculo. Esta firmeza que veis marcada en su rostro le acompañó siempre en las batallas. Con ese mismo sereno continente desordenaba las apiñadas falanges penetrando en el centro de las mas ardientes refriegas; esta serenidad, esta viril alegría brillaban tambien en su frente cuando alcanzaba una señalada victoria; tan poderosa, indestructible y verdadera es en él su fe, que en el mismo tronco donde está ligado recibiendo un diluvio de saetas, ni degenera ni se entibia. ¡Hé aquí derramada ya aquella sangre preciosa que la idea del martirio le hacia sentir como un inútil peso en sus venas! ¡Hé aquí helada aquella palabra que tantas veces reanimó el moribundo fuego de la constancia!... ¡Hé aquí cadáver al defensor de la fe!

14. ¿Muerto?... os engañais, oyentes míos. Una mano invisible derrama bálsamo celestial en sus heridas, y lo vuelve á la vida. ¡Milagro! ¡milagro de Jesucristo! exclaman llenos de alegría los amigos de Sebastian. ¡Encantamiento, hechizo abominable! grita por otra parte el pertinaz idólatra, siendo esto un nuevo pretexto para recrudecer las persecuciones contra los cristianos; pues ¿cómo se podrá sufrir y tolerar que vivan en su sociedad los domésticos y los emisarios de los genios creidos malévolos? Una falange de hechiceros, que con sus mágicas operaciones paralizan la accion del aterrorizado verdugo, embotan los dardos y las espadas, flotan sobre las olas, transforman en olorosas rosas los encendidos carbones, imperan sobre todos los elementos, y trastornan á su voluntad todo el órden de la naturaleza. Por esta razon la desconsolada iglesia de Roma corria en masa al encuentro de Sebastian, y le exhortaba é impelia á que huyese. Pero el destino de Sebastian está

decidido ya en el cielo, y por el cielo ha comprendido cuál debía ser la última prueba de su fe. Por tanto, inmóvil sobre las gradas del trono de Heliogábalo, espera impaciente al Emperador que ya contaba á aquel entre los cadáveres, le ve venir, corre á su encuentro, y fijándole la vista le dice: Mírame bien; soy Sebastian, revivo para tu vergüenza, y en el terrible nombre de Cristo declaro impía é inútil tu ya demasiado larga persecucion. ¡Ah ingrato! á estas horas ya estaria el imperio romano sumergido en los abismos de sus vicios y de sus crímenes, si un esfuerzo, no mágico, sino de fe pura y de fervorosas plegarias, no le sostuvieran todavía, aunque por poco tiempo, aquellos mismos cristianos á quienes la perfidia y la impostura de tus pontífices atribuyen la ruina.

15. Estas fueron las postrimeras palabras con que delante del tirano defendió Sebastian á la afligida Iglesia de Dios. Allí en el Hipódromo exhala su último suspiro, y en las catacumbas reposan sus restos mortales, subiendo su generosa alma al cielo entre las aclamaciones de los Santos; pasando de la fe á la vision, de los cuidados al contento, y de la milicia al triunfo. Esperad vosotros tambien; esperad, incansables cooperadores de aquel piadoso instituto que Dios en su misericordia ha protegido visiblemente hasta ahora, y que el admirable Sebastian mira con predileccion desde el cielo como un reflejo de sus virtudes. Tambien la fe que os anima es viva y laboriosa; tambien vuestros labios derraman palabras de consuelo sobre las atribuladas almas; tambien vuestro martirio está lleno de amarguras y de afanes. ¡Ah! no perdais de vista el rarísimo ejemplar que escogisteis como guia y norte, así como el inmarcesible premio que está reservado á sus fieles imitadores. Dichosos sí, trabajando sin cesar y á porfía en tan devotos ejercicios, redimís el pecado que tan comun es en nuestros calamitosos dias. Dichosos vosotros, si perseverantes en tan santo designio esculpís en vuestro corazon la misericordia, pues de este modo serán largos y felices vuestros dias, y alcanzaréis luego la misericordia divina. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON

DE LOS

SANTOS JUAN Y PABLO, MÁRTIRES.

Fratres dilecti à Deo, quod vos elegerit Deus primicias in salutem, in sanctificatione spiritus, et in fide veritatis. (II Thes. II, 12).

Hermanos amados de Dios, porque Dios os escogió primicias para salud, en la santificacion del espíritu y en la fe de la verdad.

1. *Ecce quam bonum et quam jucundum, dice David, habitare, etc.* Las historias, sagradas y profanas, nos presentan pocos ejemplos de esa fraternal union...
2. Palabras de san Bernardo...
3. Si por la gracia logró Isaías reunir..., no cabe duda que la misma unirá los corazones de... Ejemplo de los hermanos Juan y Pablo...
4. Sí, la gracia fue la que unió sus corazones... Ella fue la que...; ella la que colocó... *Fratres dilecti à Deo, quod, etc.* Llamo á dichos Hermanos queridos á los ojos de Dios, por tres razones...
- 1.^a *Porque en la corte fueron fieles servidores y centinelas avanzados de las primicias del Cristianismo.*
5. No fue favor de fortuna lo que hizo ascender á Juan y Pablo á los mas altos honores y dignidades de la corte de Constantino... Aquel Dios que en medio del pueblo de Israel inspiraba á..., guió á los dos santos Hermanos á...
6. Convenia que las primicias de la fe fuesen custodiadas con celo en... Sé muy bien que Dios empleó gran número de personajes..., pero la distancia de los lugares... Santa Elena hubiera sin duda..., pero este cuidado quedó á cargo de Juan y Pablo... Su fidelidad y prudencia en desempeñarlo...
7. Su fe, su celo religioso, su pureza de costumbres en medio de la corte, centro de los placeres, teatro de todos los vicios... ¡Ilustre cuanto admirable espectáculo de...!